

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IX

Mahón 13 de Julio de 1933

Núm. 531

Las facultades y la educación

La educación debe producir el desarrollo de todas las actividades que existen en germen en el niño.

Tiene, pues, que llegar a todo su ser; a sus facultades físicas para procurarles perfeccionados, un cuerpo sano y vigoroso, miembros ágiles y diestros para facilitar el pleno valor de sus actividades; a sus facultades de conocimiento para fortalecerlas todas: inteligencia, imaginación; a su potencia de adquisición, de asimilación y de conservación; a sus facultades de tendencia para ordenar sus costumbres, esto es, formarle una conciencia recta, elevar sus sentimientos, ennoblecer sus afectos, dirigir y fortalecer su voluntad creando inclinaciones virtuosas, en una palabra, haciendo de él un ciudadano útil a su patria y a sus semejantes, un cristiano virtuoso. Hay que procurar hacer sensibles los conocimientos que queremos hacerles amar, y practicar, haciendo que pase por sus sentidos para llegar a la inteligencia y por ella a la voluntad.

Para decidir al niño a querer es preciso: Primero, dirigirse a su inteligencia; segundo, hacer que cooperen los sentimientos del corazón. La voluntad efectiva, es ciega y sigue fácilmente los dictados del corazón. Así, pues, hay que hacer comprender a los niños lo que esperamos de ellos y la razón de nuestras órdenes, interesándoles desde por algún motivo que les llegue al corazón.

El niño tiene una inmensa necesidad de justicia. Cuando discuten entre ellos es preciso averiguar la verdad antes de juzgar su causa. Entonces tratamos de convencer al que no tiene razón, pues sería un grave error imponer silencio para restablecer la paz. Los golpes y castigos humillantes son contraproducentes en según qué niños que se dominan fácilmente con paciencia y firmeza. A veces tienen desde la infancia cualidades llevadas a un alto grado que una educación equivocada transforma en terribles defectos. Hace falta mucha paciencia y mucha clarividencia para comprender el carácter de cada niño y educarle en consecuencia.

Es también esencial que el niño sea amado y corregido por su bien. Nunca abusa de la ternura que inspira esta no va acompañada de una debilidad culpable, debilidad que resulta cómoda que la firmeza. Los seres humanos se desarrollan bien cuando se encuentran rodeados de amor, dulzura y obediencia. Por el contrario, el corazón del niño se concentrará si vive en una atmósfera severa y fría. No se cumpla con él asegurándole los cuidados necesarios, inspirándole el cometer fechorías y dándole instrucción. No basta tampoco quererle interiormente, es preciso demostrarle el afecto que por él sentimos. Y entonces no sufrirá si le reprimimos o corregimos con firmeza. Lo esencial es no dejarse llevar por un acceso de malhumor, pues aún los más pequeños tienen una lógica sorprendente y son unos grandes observadores de las reflexiones y deducciones de sus diminutos cerebros.

La madre debe tener gracia moral, paciencia, igualdad de carácter, tacto, ser toda armonía y crearla a su alrededor. Debe ignorar la brus-

quedad en los gestos, movimientos y palabras.

No hay que regañar a un niño que cometió una ligera falta con el mismo tono que un juez condenaría un crimen. También sería injusto castigar al niño que llora porque se le rompió un juguete. Una caricia le consolará.

La madre prudente esperará que el niño esté calmado cuando tenga que regañarle después de una pataleta. Será mejor no humillarle evitando reprenderle o corregirle delante de sus hermanos o de los criados. Hay que respetar aun en un niño la dignidad del ser humano y correríamos además el peligro de exagerar hasta la exaltación el amor propio en algunos o reducirlo demasiado en otros. Para que el niño sea feliz es esencial que su naturaleza no esté comprimida, que pueda confiarse y abrir su corazón. Una madre dulce y sonriente se ganará, fácilmente la confianza de su hijo y tendrá un gran medio para dirigirle hacia el bien.

El sistema de educación puede resumirse así: ternura y vigilancia, dulzura y firmeza, paciencia y educación.

No es posible tener ideas absolutas en cuanto al sistema de educación. En una familia numerosa no habrá dos hijos que puedan ser educados de la misma manera. A todos les demostraremos el mismo afecto aunque sea distinta la simpatía que nos inspiren los opuestos caracteres y a cada uno le educaremos según su temperamento, su naturaleza moral.

Es este un motivo más en favor de su idea de no castigar a los niños de frente de los demás.

Su hermano podría establecer diferencias que no comprendería entre el modo como se castiga a uno o a otro.

La abnegación maternal no espera las grandes ocasiones, se manifiesta en todo momento.

MARQUESA DE LAMBERT



Conjunto blanco y negro. Abrigo tres cuartos de nerval blanco, bordado con piel de mono, sobre un vestido de crepe de color negro con flores blancas, sombrero blanco, adornado con paraíso negro.



Vestido de crepe impreso rosa y lunares color gris. Fichú cruzado adelante y sujeto en la parte alta, por dos anillas de carey.

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Junio 1933.

Numerosas circunstancias van formando una red en el momento actual contra nuestras aficiones a vestidos, sombreros y demás artículos que constituyen los atributos de la elegancia femenina; se nos antepone la carestía de la vida en aumento creciente, los trastornos de carácter social porque atraviesa el mundo, la crisis económica que no se ve forma de alejar o solucionar de una vez, las pesadas contribuciones, y el desentrenado gasto que ocasionan el automovilismo, consumiéndose por esta parte una suma respetable de las rentas que antes podían dedicarse a las toaletas.

La mujer moderna se ve obligada a realizar verdaderos esfuerzos para dar alguna satisfacción a sus innatos deseos de elegancia y de belleza, lo cual hará realizar las gracias de su cuerpo y su rostro. Y es muy injusto, injustísimo, pretender obligarla a abandonar estas preocupaciones y querer que no tenga el deseo de ir bien vestida.

Esto no se debe pretender siquiera, pues la mujer jamás abandonará sus preocupaciones particulares por lo que debe llevar en su persona para valorizar más sus exquisitos encantos. En época alguna ha ocurrido algo semejante; ella no puede ni debe prescindir de sus cuidados de refinamiento estético; sin duda podrá simplificar su toaleta, dándole un tono más práctico, tal vez más deportivo, para mantener el ritmo de la época actual; pero la elegancia no puede perderse y siempre ha de buscarse para todo lo que se ha de llevar: vestidos, sombreros, medias, zapatos, sacos y hasta los menores detalles que completan una toaleta.

Ahora junio y luego julio, nos trajeron la diversidad de vestidos vaporosos y ligeros, sombreros medianos y grandes capellinas. La línea se mantiene siempre sencilla, sobria, salvo para las toaletas de noche, que se llevan muy lujosas.

Hemos visto un modelo precioso de abrigo de crepón rizado «grège» con las esencias enanchadas por tres vuelos, que dan a la silueta un aspecto elegantísimo y juvenil. No menos elegante resulta una combinación confeccionada de crepón de China, el abrigo de tres cuartos, de seda negra, con las mangas cortas bordeadas con plisaditos y forrado con crepón estampado; el vestido que la completa es de crepón de Chi-

na estampado crudo con dibujos negros y va igualmente adornado con vuelcillos plisados.

Un modelo que ha llamado poderosamente la atención de las elegantes era un vestido confeccionado con organdí estampado de Alsacia, sobre el que se posaba airoso un lindo bolero de satén laca; el cinturón y los guantes eran negros.

Los boleros mantienen su apogeo en forma indeclinable. Se llevan a todas horas, en la mañana, en la tarde y en la noche. Hemos podido admirar últimamente tres modelos encantadores.

El primero, una combinación de noche, era terciopelo azul oscuro y se cruzaba por delante abrochado con dos botones grandes de «trass»; las mangas sobrepuestas en los hombros con panales de abejas y bordeadas de pieles. El siguiente modelo, para vestir de mañana, era de jersey y escocés con dibujos blancos sobre fondo verde muy oscuro. Su adorno, sencillísimo, sólo consistía en un cuello pequeño recto cruzado y abrochado con dos botones; los puños, también con botones y ambas cosas de piqué blanco. Resulta muy bien llevar este bolero sobre un traje de lanilla verde lisa. El tercero de los modelos de boleros que nos llama la atención, constituía una toaleta de tarde. Estaba confeccionada con satén laca negro; las mangas eran muy largas y el cuello prolongábase en forma de bufanda anudada como chalina muy larga. Este bolero resulta encantador sobre un vestido de crepón estampado negro y crudo.

Las toaletas primaverales para las niñas interesan más apasionadamente a las mamás que a ellas mismas. Para darles satisfacción, los modistos especializados inventan cada día formas nuevas y detalles inéditos. Encantadora resulta una combinación de vestido de piqué blanco con flor ecillas verdes y azules, completada con una chaquetilla de piqué azul liso y un pequeño botone de esta misma tela adornado con florecillas de piqué blanco.

A. D'ENERY

A MODO DE CUENTO UNA AVENTURA

POR CARMEN RIBAS ECHEVARRÍA

—Pero, mamá, ¡si es tan lindo!

—No, Charita, no puede ser. Tú no puedes imaginarte los destrozos que un perro así haría en alfombras, cortinajes y sillerías. Vas a devolverlo inmediatamente.

—No es posible mamá. He rogado tanto a mi amiga para que me lo dieran que ahora no puedo ir con la ridícula embajada de una devolución. Se reírán de mí.

—Pues en casa no puede quedarse. —Tan inteligente como es, mamá. ¿No ves qué orejillas tan tiesas, y qué ojillos tan vivos?

Ya verás cómo será bueno. Lo llamaremos «Tin», le pondremos un collar con cascabeles y cuando llames a la puerta acudirá a ti, dando alegres saltitos.

—Es inútil, has de llevarte ese animal de casa.

**

Por la acera izquierda de la Rambla de Cataluña, a las dos y media de la tarde, don Enrique pasea indolente la alegría de sus juveniles cincuenta años. Completamente rasurado el rostro, elegante, con su abrigo claro y sus cabellos, a los que deja blanquear un poco hacia las sienes, cubiertos por un flexible ladeado donjuanescamente, sigue con los ojos el gracioso valván de las primeras oficinistas que se dirigen al trabajo.

Por su lado se desliza la silueta fina de una mujercita elegante, rubia, con un perrito en el brazo y un taconeado nervioso martirizando el empedrado. Don Enrique apresura el paso de sus piernas rebeldes y se lanza con ímpetu tras la probable heroína de la primera aventura de la tarde...

—Señorita!... Ella vuelve los ojos, subrayados de rimel hacia el don Juan avisado, y lo envuelve en una

